

### ¿qué sociedad, qué educación, qué sindicato?

**César Rendueles.** Es sociólogo y ensayista. Es Doctor en Filosofía y actualmente enseña Sociología en la Universidad Complutense de Madrid. Fue miembro fundador del colectivo de Intervención Cultural Ladinamo. Dirigió proyectos culturales durante ocho años en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. Ha publicado *Sociofobia. El cambio político en la era de la utopía digital* (2013) y *Capitalismo canalla* (2015).

### Mesa redonda III

### Contradicciones de las nuevas tecnologías

### Polvo de hada tecnológico

Las polémicas educativas de nuestro tiempo están marcadas por dos dinámicas con algunos puntos de fricción. Cada una de ellas con una fuerte dimensión ciberfetichista o tecnoutópica. En primer lugar, tenemos una dinámica mercantilizadora. Muchos profesores, estudiantes y familiares preocupados por el deterioro de la educación denuncian los intentos más groseros por mercantilizar y vaciar de sentido la enseñanza, por transformar a los docentes en empresarios y a los estudiantes en consumidores. Pero la estrategia neoliberal no se limita a atacar la educación pública. Su segundo frente es la educación reglada. Los triunfadores del capitalismo cognitivo actual, empezando por Bill Gates, presumen de haber abandonado sus estudios universitarios. En 2011 Peter Thiel, el millonario cofundador de PayPal, creó una beca dotada con 100.0000 dólares para 20 jóvenes con talento que decidieran no entrar en la universidad y, en vez de eso, fundar una empresa. Para Thiel la educación universitaria es una burbuja similar a la especulativa, una ficción sobrevalorada.

Cada vez más los curriculums convencionales, algunos de ellos inspirados en tradiciones intelectuales milenarias, son cuestionados en beneficio de planteamientos educativos modulares y metodologías innovadoras basadas en el autoaprendizaje o las enseñanzas transversales. Desde esa perspectiva, la responsabilidad de los estudiantes no es someterse a ningún itinerario formativo previsto, sino subvertirlos buscando sendas poco transitadas que generen un valor añadido pedagógico.

### **De la tecnología digital emanará polvo de hada social que impulsa hacia arriba a los trabajadores que la usan**

En segundo lugar, la crítica contemporánea de la educación pública y reglada convive con un auge sin precedentes de la ideología formativa. A tenor de lo que sostienen los creadores de opinión, la educación es la respuesta a la crisis económica, la desigualdad, la delincuencia, la exclusión y, en general, casi todo. Por ejemplo, en un largo informe de 2014, la Unión Europea subrayaba la cualificación como un factor esencial de resistencia a la crisis económica y solicitaba más inversión en educación y formación.

También la ideología formativa tiene una fuerte congruencia con las corrientes ciberfetichistas contemporáneas. Tenemos una fe fanática en que la cualificación tecnológica nos libraré de nuestros problemas económicos. Seguramente la razón es la capacidad ideológica de la tecnología para depurar simbólicamente el mercado de trabajo. Los empleos que se mueven en entornos tecnológicamente sofisticados parecen escapar automáticamente a la descualificación. De la tecnología digital emanará polvo de hada social que impulsa hacia arriba a los trabajadores que la usan.

Los discursos laborales convencionales se basaban en el esfuerzo y el compromiso compartido. Uno aceptaba ciertas dosis de sacrificio, alienación laboral y sumisión social, a cambio de alguna seguridad. En cambio, los discursos laborales contemporáneos tratan de dulcificar la precarización radical y la mercantilización a través de una retórica de la reinención permanente. Tienes que estar continuamente recreando tu existencia a través de herramientas formativas y educativas y se supone que eso es una buena noticia.

La tecnología ocupa un lugar esencial en la legitimación de este orden. Porque todo el mundo percibe inmediatamente que la realidad del precariado está llena de sufrimiento, que la ideología de la reinención personal es una gran mentira. La reinención personal consiste en dejar de ser reponedor, para convertirte en camareros, para de ahí ser teleoperador. El problema es que las soluciones políticas parecen tan alejadas que no vemos alternativa. Así que buscamos en la tecnología una especie de placebo, hemos depositado en los ordenadores esperanzas de una domesticación de la globalización que no requiera de grandes cambios estructurales, de un progreso que apenas requiera un proceso de aprendizaje y adaptación cultural. La tecnología, se nos dice, convertirá ese entorno de sufrimiento laboral en una posibilidad de desarrollo personal. Y ese cambio se producirá sin conflictos políticos, sencillamente aprendiendo las habilidades adecuadas.

**La lógica de la argumentación es: las clases populares desconectan en la escuela, los contenidos y prácticas son poco relevantes, metamos en el aula estímulos "motivadores" que les despierten interés, que además deben permitir una "personalización" del proceso de aprendizaje**

La izquierda educativa ha comprado con los ojos cerrados este discurso tecnofetichista. La tecnología se ha convertido en el último refugio del progresismo educativo. La lógica de la argumentación es: las clases populares desconectan en la escuela, los contenidos y prácticas son poco relevantes, metamos en el aula estímulos "motivadores" que les despierten interés, que además deben permitir una "personalización" del proceso de aprendizaje. Estímulos que, naturalmente, son toda clase de cacharritos.

Tal vez deberíamos invertir la perspectiva. En vez de pensar qué va a hacer la tecnología por el programa de la izquierda educativa, tenemos que imaginar qué puede hacer la izquierda educativa por el aprovechamiento racional de las potencialidades educativas. La tecnología cada vez se parece más a la magia, los dispositivos son cada vez más opacos y restrictivos. La educación debería ir en sentido contrario. Debería ayudarnos a desencantar el mundo, nos debería enseñar los engranajes que se esconden tras las máquinas. Los engranajes técnicos, pero también sociales. Los sistemas operativos de los ordenadores, sí, pero también la explotación de los trabajadores que fabrican los smartphones o su inmenso impacto ambiental.